

# **Buscando la utopía en territorio andino**

*Searching for utopia in Andean regions*

**Luis Millones**

Universidad Nacional Mayor de San Marcos  
Lima, Perú  
atoqmillones@gmail.com

**Recepción:** 5 de noviembre de 2017

**Primera revisión:** 6 de noviembre de 2017

**Segunda revisión:** 17 de noviembre de 2017

**Aceptación:** 18 de noviembre de 2017

## Resumen

La certeza que los occidentales tuvieron acerca de la existencia de los espacios utópicos y edénicos marcó el desarrollo histórico de sus comportamientos y acciones individuales y colectivas. La búsqueda de esos espacios deseados se llevó a cabo no solamente en la misma Europa, sino también en el territorio andino. El Edén, la Ciudad del Sol y la Utopía *de allá* se transformaron en El Dorado *de acá*, y en esos afanes de llegar a la tierra del oro, la región de las amazonas operó como un referente-meta. En este artículo, usando datos de diversas fuentes escritas, se expone una mirada historiográfica panorámica del trayecto de la expedición española en su búsqueda de las tierras de las amazonas, sus avances y avatares, y los antecedentes edénicos y utópicos proyectados desde la vida social europea hacia la experiencia conquistadora en América. Se concluye que la búsqueda de El Dorado y las amazonas no solo alentó las ambiciones y deseos de la segunda oleada de conquistadores, sino que por razones prácticas, las autoridades coloniales descubrieron muy pronto que estas afiebradas expediciones eran útiles instrumentos para librarse de una población sin trabajo, peticionaria e insistente en favores imposibles.

**Palabras clave:** Edén; utopía; conquista; amazonas.

## Abstract

*The certainty that western people had about the existence of utopian and paradisiac spaces defined the historical development of their individual and collective behavior and actions. The search for those desired areas took place not only in Europe itself, but also in Andean regions. Eden, The City of the Sun and the Utopia from overseas, became El Dorado in our Andean territories, and in the pursuit of reaching the land of gold, the region of the Amazons acted as a referent-goal. Using data from different written sources, this article provides a historiographic panoramic perspective of the Spanish expeditions in search of the homeland of the Amazons, of their progress and setbacks, and of the paradisiac, utopian, historical background which was projected from the social life in Europe into the experience of the conquest in America. It is concluded that the search for El Dorado and the Amazons did not only fuel the ambition and the desire of the second wave of conquerors, but it also made colonial authorities realize, for practical reasons, that those gold-crazed expeditions were useful instruments to get rid of an unemployed population who was constantly claiming for impossible favors.*

**Key words:** *Eden; utopia; conquest; Amazons.*

## 1. Los espacios edénicos

La idea de un más allá pleno de goce, ajeno a las flaquezas humanas, antecede largamente al Edén cristiano. Por diferentes razones, babilonios e iraníes también soñaron con espacios en que los goces no permitidos en este mundo se realizaban y eran accesibles a los seres humanos.

Un fresco pagano del siglo IV a. C., hallado en una catacumba romana representa una figura angelical guiando el camino a la anciana Vibia [se refiere a Vibia Sabina, la esposa del emperador Adriano] al otro mundo. El mural la representa sentada entre hombres y mujeres dispuestos todos para el banquete.

Encontramos otro atisbo [de los Campos Elíseos] de un más allá más placentero en un manuscrito del siglo IV. La iluminación representa el pasaje de la *Eneida* en el que se dice de algunos muertos:

Atletas unos se ejercitan ágiles  
En palestras de grano, ya jugando,  
Ya en la noble lucha en la rojiza arena.  
Otros la tierra pulsán en la danza  
Y cantan sus canciones.

El mundo clásico llamó a esta privilegiada área de relajado deleite, los Campos Elíseos o Las Islas de los Bienaventurados (Mc Dannell y Lang, 2001, p. 76).

Las muchas formas en que se recreó el Edén cristiano recuerdan de alguna manera la formulación bíblica. Aún más, en el proceso de descubrir y tomar posesión del continente americano, los europeos creyeron ver en su paisaje y en sus habitantes los rasgos descritos en el Génesis.

Yavé Dios plantó un jardín en un lugar del Oriente llamado Edén, y colocó allí al hombre que había formado. Yavé Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles, agradables a la vista y buenos para comer. El árbol de la Vida estaba en el jardín, como también el árbol de la Ciencia del bien y del mal. Del Edén salía un río que regaba el jardín y se dividía en cuatro brazos. El primero se llamaba Pisón, y corre rodeando toda la tierra de Evila donde hay oro, oro muy fino. Allí se encuentran también aromas y piedras preciosas. El segundo se llama Guijón y rodea la tierra de Cus. El tercer río se llama Tigris, y fluye al oriente de Asiria. Y el cuarto río es el Éufrates (Génesis 8: 14).

El descubrimiento de América renovó el sueño de autores clásicos y medievales de conocer lo que el mundo cristiano llamó paraíso terrenal, y cuya pérdida atribuyó a Adán y Eva por las incitaciones del demonio, escondido bajo la piel de una serpiente.

La inmediatez del Juicio Final con que vivieron los cristianos de los primeros tiempos fue desacreditada por Orígenes (185–254 d. C.), y así la escatología del milenarismo colectivo terminó siendo reemplazada por la escatología de las almas individuales. Pero esta reflexión teológica no acabó con los deseos, sobre todo de las poblaciones empobrecidas, de ser lideradas por alguien de poderes sobrenaturales que los guiase a un lugar y género de vida similar al que había perdido la primera pareja (Cohn, 1970, p. 29).

El cumplimiento del mandato divino acerca de la conversión de los paganos hizo que los misioneros cristianos, viajando por el mundo, añadieran a la versión bíblica informaciones tomadas de otras culturas. Fue así como fray Odorico de Pordenone (conocido también como Odorico Mattiussi), franciscano de Italia (1265-1331), llegase a afirmar que en sus viajes por China llegó a una “comarca en cuya cima es fama que Adán lloró a su hijo durante cien años. En medio del monte se extiende una llanura hermosísima, en la que hay un lago no muy grande, pero rebosante de agua, que a decir del pueblo, son las lágrimas que derramaron Adán y Eva”. Aunque Odorico no estaba convencido del relato recogido, el llanto de la primera pareja es un tema que se repite en varias otras partes del mundo, atribuido al dolor de la pérdida del paraíso, o bien a la muerte de Abel (Gil Fernández, 2013, pp. 61-62).

No es extraño entonces, que Cristóbal Colón estuviera convencido que si bien no llegó a pisar la tierra del Edén, estuvo bastante cerca y si había realizado tal hazaña era porque: “Del nuevo cielo y tierra que decía nuestro señor por Juan en el Apocalipsis, después de dicho por boca de Isaías, me hizo dello mensajero y amostró en cual parte” (Colón, 1975a, p. 314). Más aun, el navegante genovés se siente con la suficiente convicción para rechazar la creencia, todavía vigente en su tiempo, de que el paraíso terrenal se hallaba en la cumbre “de un escarpado monte de forma cónica, como un gigantesco pan de azúcar, llamado en cingalés Samalacanda” (Gil, 2013, p. 53), o sin tanta precisión, que ocupaba una montaña muy alta, aludiendo sin duda a la idea del Olimpo de los griegos y a lo inaccesible que tendría que ser para los humanos luego del pecado original. Frente a eso Colón responde:

Yo no tomo qué Paraíso sea en forma de montaña áspera como el escribir dello nos amuestra, salvó qué sea en el colmo allí donde dije la

figura del pezón de la pera, y que poco a poco andando hacia allí desde muy lejos se va subiendo a él; y creo que nadie no podría llegar al colmo como yo dije... (Colón, 1975b, p. 288).

Sin embargo, el navegante creyó que las corrientes de agua dulce que encontró en el golfo de Paria (situado en la desembocadura del Orinoco) tenían su origen en los cuatro ríos del Jardín de Edén. Las aguas y las costas del Orinoco son compartidas hoy día por los países de Venezuela y Trinidad y Tobago. No es el único viajero que se pensó cerca del Edén, Amerigo Vespucci, a quien el continente debe su nombre, también compartió ese sueño:

Los campos producen mucha hierba, flores y raíces muy suaves y muy buenas, que alguna vez me maravillaba el suave olor de estas frutas y raíces, tanto que entre mí pensaba estar cerca del Paraíso Terrenal: entre todos estos elementos hubiera creído estar de él (Reding, 1992, p. 55).

No puede resultar extraño, entonces, que el narrador de *Utopía* (personaje que actúa en nombre de Tomás Moro), el portugués Rafael [Hythlodaco], diga haberse unido a Vespucci y navegado con él en tres de las cuatro travesías que realizaron al nuevo continente. El libro con los cuatro viajes se publicó en 1507 y tuvo difusión notoria en Europa, mucho antes de que el libro de Moro tuviera su primera edición en 1516. El propio sir Thomas More, en una carta a Pedro Gilles no vacila en decir que: “No se nos ocurrió preguntar, ni Rafael [Hythlodaco] pensó en decírmelo en qué parte del mundo está situada Utopía” (Moro, 1990, p. 61).

Es poco probable que la condena del Canciller de Inglaterra tuviera algo que hacer con el libro que mencionamos, eran más que suficientes su rechazo al divorcio de Enrique VIII y a la separación de Inglaterra del Vaticano, pero de las muchas maneras en que se puede leer su libro, es inseparable la pintura —en contraposición a *Utopía*— que Moro hace evidente sobre los problemas sociales y políticos que vivía la Inglaterra de su tiempo (Moro, 2008, p. LVII). Lo mismo podría haberse dicho de la era de Carlos V:

En 1525, la titulación del emperador Carlos V comprendía 72 títulos en total, de los cuales 27 eran reinos (20 de ellos sólo en España), 13 ducados, 22 condados y 9 señoríos, más tarde se añadirían algunos más en los Países Bajos, como él mismo dijo, más coronas que las que su pobre cabeza podrá soportar (Blockmans, 2015, p. 62).

Pero que el texto de *Utopía* no intente arrojar soluciones. Los utopienses pueden ser virtuosos, pero en realidad no es posible que puedan elegir otra manera de ser. Utopía es, en su mejor expresión, Londres, una ciudad que funciona como un monasterio perfecto (Betteridge, 2013, p. 85).

Trece años separan el inicio de la conquista de México de la captura de Atahualpa, de 1519 a 1532, pero los episodios y años que siguieron no pudieron ser más disímiles. Hernán Cortés no debió ser feliz por la final imposición de una administración colonial que lo sacó del juego político en el gobierno de Nueva España, pero vivió y murió siendo uno de los hombres más ricos del mundo. Por el contrario, Pizarro, Almagro y el obispo Valverde, no pudieron acabar de la peor manera. Las guerras fratricidas que siguieron a la destrucción del Tahuantinsuyu, arrastraron a la muerte a los hermanos Juan y Gonzalo Pizarro y llevaron a la prisión a Hernando, y no olvidemos que el hijo de Almagro murió ejecutado en la ciudad de Cuzco. En este tenebroso desfile hay que incluir al primer virrey del Perú y a las tropas de todos los combatientes compuestas en su mayoría por indígenas que reclutaron, combatieron y fueron víctimas de causas que con seguridad, apenas entendían. Si el sueño de El Dorado iluminó la esperanza de quienes siguieron en territorio peruano la aventura avizorada en Panamá, Cuba o Mesoamérica, debió apagarse por los varios años en que los encomenderos de los Andes combatieron con las tropas leales a Carlos V. La persecución del Paititi, el País de la Canela y la tierra de los Césares, etc., retoma fuerzas cuando restablecida una temblorosa paz, los migrantes europeos que siguen llegando, reclaman a las autoridades españolas la necesidad de proseguir la aventura.

Si la *Utopía* de Moro es una burlona mirada a la crisis del lujo de la nobleza y el alto clero, en contraposición a los males que acarreaba la guerra a la población campesina, las razones de esta terca persecución de un sueño tiene ya varias explicaciones. *Ciudad del Sol* del calabrés Tomás Campanella es una construcción diferente, responde como un proyecto político que su autor creía posible, en el que insistió toda su vida, a despecho de los veintinueve años que pasó entre rejas (Campanella, 1959, p. 14). Como en la *Utopía* de Moro, en la *Ciudad del Sol* los trabajos son comunes, sin distinción de sexo, si bien las tareas masculinas están dedicadas a las labores que requieren mayor esfuerzo físico. Pero por encima de su contraparte inglesa, Campanella es radical con respecto a la esclavitud y a las horas de trabajo.

No tienen esclavos que corrompan las costumbres, pues ellos mismos se bastan a ellos mismos y aún se sobran. Pero entre nosotros, por des-

gracia, la cosa es diferente. Setenta mil almas habitan en Nápoles y de ellos trabajan apenas diez a quince mil, que por excesivo trabajo, continuo y prolongado, se consumen y destruyen. Los demás ociosos, se echan a perder en la desidia, la avaricia, la enfermedad corporal, la lascivia, la usura, etc.; contaminan y pervierten a la mayor parte de la gente, reteniéndola a su servicio, sometiéndola a la pobreza y a la adulación y contagiándole sus propios vicios. De este modo falta servicio público y funciones útiles; el campo, la milicia y las artes se cultivan mal, con mucho disgusto y por pocos. En cambio en la Ciudad del Sol, como las distintas funciones, las artes, los trabajos y las fatigas se reparten entre todos, apenas tiene que trabajar cada uno más de cuatro horas, y puede pasar el resto del tiempo aprendiendo alegremente, discutiendo, leyendo, contando historias, escribiendo, paseando, ejerciendo el ingenio y el cuerpo y todo con gozo (Campanella, 2007, p. 39).

En España, la búsqueda del Edén se sumaba a otros factores políticos y sociales de importancia: la caída de Granada y el descubrimiento de América que prolongaron la vida de los caballeros-héroes del Medioevo, divulgada aún más con la reciente aparición de la imprenta y la popularidad de los libros de caballería (Leonard, 1992, p. 35). La expulsión de los judíos y la forzada conversión de musulmanes reafirmaron en España el sentimiento de ser portadores de la verdadera fe o “mensajeros”, como lo decía el propio Cristóbal Colón. Los tercios españoles en las guerras europeas y los navegantes en viajes cada vez más osados, eran la prueba palpable del éxito de la audacia, que ocultaba las falencias de una economía que no pudo despegar a partir de la producción de su propia tierra, difícil de cultivar y con pocos espacios de paz. Es interesante reparar que ni Moro ni Campanella glorifican a los héroes militares, ni las batallas: en la *Utopía* el oro sirve para contratar extranjeros combatientes en reemplazo de sus pobladores, y en la *Ciudad del Sol* “nunca se hallan en guerra” (Campanella, 2007, p. 45).

La posibilidad de que tal cosa se hubiese materializado en América puede verse tan temprano como en los escritos de Pedro Mártir de Anglería (1457-1526), quien comentando uno de los viajes de Colón, no vacila en decir:

Encontraron que había allí varios reyes, unos más poderosos que otros y éstos más que aquellos, como leemos en el fabuloso Eneas que encontró dividido el Lacio entre varios, como Latino, Mecencio, Turno y Tarconte, que estaban separados por estrechos límites y todo los demás repartido entre los tiranos. Pero parece que nuestros isleños de la



Española son más felices que aquellos con tal que reciban la religión; porque viviendo en la Edad de Oro, desnudos, sin pesos ni medidas, sin jueces calumniosos, sin libros, contentándose con la naturaleza, viven sin solicitud alguna acerca del porvenir (Anglería, 2012, p. 21).

Esta percepción de las tierras descubiertas se turba, sin embargo, por la mirada a las guerras intertribales, lo que hace pensar a nuestro autor que “no creo que se viera inmune de modo alguno la edad de oro” (Anglería, 2012, p. 21).

La oferta del paraíso recién descubierto se acerca aún más a las generaciones de aventureros en capacidad de combatir que llegaron a América. Existían toda clase de espacios fabulosos que podrían haber sido imaginados, pero se necesitaban guerreros para acceder a ellos. Tanto más si al lado de las denominaciones como El Dorado, el País de la Canela, la Tierra de los Césares, etc. empieza a sobresalir las Islas de las Amazonas, meta alcanzable a quien las derrotase, lo que debió acelerar las publicaciones del combate y del sexo.

## 2. Las amazonas del Perú

Si queremos poner fecha al origen del mito de las amazonas, podemos utilizar *Ilíada* y por tanto ubicarnos alrededor del siglo VIII a. C. A lo largo del texto de Homero se menciona varias veces su existencia. El anciano Príamo, rey de Troya y padre de Héctor y Paris, recuerda que en su juventud combatió con ellas en Frigia (Homero, 1986, p. 44). Lo mismo dice el héroe Belerofonte, que mató al monstruo Quimera, y sus hazañas fueron recordadas cuando sus descendientes se unieron a los aqueos en el sitio de Troya (Homero, 1986, p. 86). Es difícil señalar en un mapa las tres islas donde se supone que habitaban las amazonas, se dice vagamente que quedaban en Asia Menor, a orillas del río Termodonte (García, 2004, p. 37). En lo que coinciden las noticias que nos llegan del mundo clásico, la Edad Media, de los cronistas de los siglos XVI y XVII, y de estudiosos del XVIII, es que se trataba de una sociedad de mujeres guerreras y experimentadas como jinetes, que solo admitían varones para procrear niñas que permanecerían con ellas. Si el recién nacido era varón se lo entregaban a su padre, o bien se le eliminaba. Hay la mención de dos reinas, por lo menos en una de las islas bajo su poder: Hipólita, cuya fuente de energía estaba en un cinturón que le fuera entregado por Ares, el dios de la guerra, y que la reina lo cedió a Hércules para rescatar a Melanipa, una de las hermanas (Rodas, 1991, p. 171). La otra reina, Pentesilea, es recordada por haber acudido en defensa de Troya, y por haber enfrentado sin suerte al héroe Aquiles, aunque tal combate no figura en *Ilíada*.

Cinco siglos más tarde resurgen en la literatura helenizada del siglo III d. C. los antepasados de la guerra de Troya, en la figura de los argonautas, capitaneados por Jasón, que van desde “Yolco a Tesalia, por imposición de un rey tiránico, Pelias, en busca del vellocino de oro” (Rodas, 1991, p. 19). El vellocino de oro no es otra cosa que la piel de carnero cuya lana era del metal precioso, y que habiendo sido enviado por Zeus, llegó volando e impidió el sacrificio de Frixo y Hele, hijos del rey Atamante, a quienes Ino, la segunda esposa Atamante, los quería eliminar. En el viaje a Cólquide, Hela cayó al mar, pero Frixo arribó a salvo y el rey Eetes lo acogió como hijo. En agradecimiento, Frixo sacrificó el carnero dorado y colgó su piel en un bosque consagrado a Ares. Conseguir el vellocino era el objetivo de los argonautas (Rodas, 1991, p. 67).

En el viaje, la nave y los héroes, a los que se suman los hijos de Frixo, llegaron a la isla de Ares, donde había sido levantado un templo sin techo, construido de guijarros, en cuyo interior había una roca negra donde las amazonas presentaban sus respetos a Ares y le hacían saber de sus necesidades. Para dar homenaje a su padre y divinidad (las Amazonas eran hijas de Ares y la ninfa Harmonía) en lugar de sacrificar vacas u ovejas, le ofrecían caballos que ellas mismas criaban (Rodas, 1991, pp. 181 y 193).

Sin hacer mucho esfuerzo se puede decir que la *Eneida* continúa las historias homéricas, esta vez narradas desde el imperio de Augusto. Su escritor favorito había nacido en el año 684 de la fundación de Roma y se llamaba Publio Virgilio Marón. A él debemos la construcción de la gesta de Eneas, que escapando de la destrucción de Troya, llegó finalmente a Ostia y de allí envió embajadores al rey Latino, en cuyas tierras descansaron finalmente sus tropas.

En el relato no aparecen formalmente las amazonas como ejército de combate, pero se menciona a Camila:

acaudillando un escuadrón de caballería, que brilla con sus armas de bronce y su gran multitud, [la] célebre guerrera acostumbrada desde su infancia, no a las labores femeniles, sino a sufrir las asperezas de Marte [el Ares de los romanos] y a dejar atrás en su carrera a los mismos vientos (Virgilio, 1993, p. 167).

El combate contra la religión del Estado romano si bien toma ímpetu con el Edicto de Milán y la conversión de la madre de Constantino, tendrá que redoblar sus esfuerzos, no solo por la ascensión al trono imperial de Juliano, el apóstata en el año 361, sino también por mucho tiempo más tratando de reemplazar no solo a los dioses paganos de los altares. Con mayor dificultad se trató de erradicar las creencias populares asentadas en el pueblo.

Uno de los esfuerzos más notorios es llevado a cabo por San Isidoro de Sevilla (nació en Cartagena en el año 550 o 570 y murió en Sevilla en 1636). Su obra es vasta pero para el tema que tratamos nos interesa *Etimologías*, escrita probablemente hacia el año 632 o 634. Es un libro extraordinario que da una mirada erudita y realista acerca del conocimiento que circulaba en esa época, aclarando cada concepto en función contrapuesta de su uso corriente y de su significado técnico. Así por ejemplo, al referirse a las sirenas afirma que

eran tres y se las imagina con un cuerpo mitad de doncella, mitad de pájaro, dotadas de alas y uñas; una de ellas cantaba con su voz, otra con su flauta y la tercera con la lira; con su canto atraían a los navegantes fascinados, que eran arrastrados al naufragio. Pero lo cierto es que fueron unas meretrices que llevaban a la ruina a quienes pasaban, y éstos se veían después en la necesidad de simular que habían naufragado (San Isidoro, 1994, II, p. 53).

Su comentario con respecto a las amazonas es más amplio y complejo. Hablando de ciudades famosas, recuerda que “las amazonas levantaron Éfeso en Asia”, quizá refiriéndose a la tradición que narra que la ciudad de ese nombre (hoy en Turquía) sirvió de refugio de las amazonas, alojadas en el templo de Artemisa (diosa de la virginidad y del mundo salvaje) cuando fueron perseguidas por Hércules y Dioniso (también se lo conoce como Dionisio). Más adelante Isidoro apunta que las amazonas no convocaban a su gente con trompetas, usaban el sistro, que es un instrumento musical en forma de aro o herradura que tiene insertos unos platillos que suenan cuando se agita el instrumento, cuyo nombre deriva de su inventora Isis, la reina de Egipto. Finalmente si bien Isidoro acepta que vivieron tiempo atrás, las da, sin embargo, como extinguidas.

A las amazonas se les aplica este nombre porque viven sin necesidad de varones, porque se queman la mama derecha para que no les estorbe al disparar las flechas. Pues esto es una amazona, es decir la que carece de pecho. Ya no existen, porque fueron reducidas al exterminio en parte por Hércules y en parte por Aquiles o Alejandro (San Isidoro, 1994, II, p. 751).

Líneas arriba, hemos mencionado revivir de la leyenda de las tres islas amazónicas como parte del renacimiento de las novelas de caballería a través de los libros impresos, lo que a inicios de la edad media se divulgaba en boca de trovadores y narradores populares, a una audiencia deseosa de romper lo duro de su

rutina campesina, o bien en los salones de la nobleza cuyos lujos mostraban la desigualdad social y económica.

No es extraño, entonces, el éxito de los libros dedicados a las hazañas guerreras, amores y desamores y desafortunados enemigos del espejo de los caballeros: *Amadís de Gaula*. Su autor, Garci Rodríguez de Montalvo, dedicó el quinto volumen de su obra al hijo de Amadís, que llamó Sergas de Esplandián, que fue un indudable éxito de librería alrededor de 1510. Reaparecen ahí la mayoría de elementos sobrenaturales que vamos mencionando. En el apartado 10, dedicado a Calafia, reina de California, se dice textualmente:

sabed que a la diestra mano de los Indias ovo una isla llamada California, [en] mucho llegada a la parte del Paraíso Terrenal, la cual fue poblada de mujeres negras, sin que algún varón entre ellas oviese, que casi como las amazonas era su estilo de vivir. Eran éstas de valientes cuerpos y esforzadas y ardientes corazones y de grandes fuerzas; la ínsula en sí la más fuerte de riscos y bravas peñas que en el mundo se fallava; las sus armas eran todas de oro, y también las guarniciones de las bestias fieras, en que después de aver amansado, cabalgaban, que en toda la isla no había otro metal alguno (Montalvo, 2012, p. 27).

No cabe duda que este tipo de publicaciones llegaron a las más altas esferas del gobierno español con la certeza de que su contenido era real. En el decreto de junio de 1530, firmado por Isabel de Portugal, reina de España, se premiaba con un escudo de armas al conquistador Gerónimo López, estableciendo que entre sus servicios por los que se le otorgaba tal distinción, se le premia por haber tomado parte de la entrada y conquista realizada en el Mar del Sur [Océano Pacífico] y en el norte en búsqueda de las amazonas (Leonard, 1992, p. 47). Según esto, los mitos europeos ya eran parte de la concepción de América y circulaba desde las ambiciones de los aventureros hasta la corte española.

Necesitaríamos varios volúmenes para revisar el impacto de las tradiciones del medioevo tardío en los conquistadores de América. Desde la leyenda de El Dorado, que se crea a partir de la noticia sobre las ceremonias de la sociedad muisca en la laguna de Guatavita, en tierra colombiana, hasta la Tierra de los Césares en el extremos del continente. Si nos centramos en la región centro-sur tendríamos suficiente material con la expedición de Pedro de Ursúa que hizo pregonar con trompeta en 1554 su nueva condición de “gobernador del Dorado y Omagua”, que culminaría en una cadena de muertes entre los propios expedicionarios, cuyo líder final fue el tristemente célebre Lope de Aguirre, en un recorrido que siguió el curso del Amazonas, hasta concluir en el Atlántico.

Las características de su conducta, hacia el final del viaje, con su tropa a la que se llamó “los marañones”, fue una fiebre de ejecuciones sin explicación fácil y que desde tiempo atrás se ha querido analizar desde la psiquiatría (Almesto, 2012, pp. 108-123).

Otra posibilidad de estudio la ofrece la expedición de Jerónimo Luis de Cabrera, gobernador de Tucumán, quien en 1573, luego de fundar Córdoba, partió a buscar la Ciudad de los Césares y a encontrar la salida hacia el Atlántico, desde lo que hoy es el noroeste argentino.

Reseñando la aventura en 1646, el Padre Alonso de Ovalle nos recuerda que Cabrera fue acompañado por “un buen ejército que juntó a su costa” y que fue motivado por las noticias que provenían de los españoles que supuestamente se salvaron del naufragio de una de las naves despachadas por el obispo de Plasencia, don Gutierre de Vargas y Carvajal, con destino a “las Malucas”. Lo cierto es que la expedición tomó posesión de las islas Malvinas en 1540, y al recorrer el Estrecho de Magallanes se hundió la nave capitana. En adelante nació la idea que los sobrevivientes se habían establecido en la costa del Atlántico:

puede ser que viéndose perdidos, se entrasen en tierra adentro y emparentando con alguna nación de indios de los que allí hay se hayan ido multiplicando de manera que se hayan hecho sentir de las naciones más vecinas, y de éstas hayan pasado a otras las noticias, que han corrido siempre muy vivas, de que hay en aquel paraje gente europea a quien llaman Césares” (Ovalle, 1969, pp. 92-93).

Conviene aclarar que el fin de Cabrera no fue más feliz que los “marañones”, fue decapitado en Santiago del Estero por orden del Virrey Toledo en 1574.

Como puede verse, el nombre del Edén americano fue aplicado indistintamente a regiones diversas y su función a situaciones históricas (reales o imaginadas) muy variadas. En adelante, y volviendo a nuestras amazonas, seguiremos con más detalle la expedición de Francisco de Orellana, que si creemos a Gaspar de Carvajal (1504-1584), finalmente estuvo al borde de ingresar a las islas o territorio de las míticas guerreras. Salvo indicación y cita específica estaremos siguiendo el relato de G. de Carvajal (2010), por tanto, la expedición que usaremos con más detalle es la que se forjó en Quito al mando de Gonzalo Pizarro, uno de los hermanos menores del conquistador del Perú, el gobernador Francisco Pizarro. Partió en 1541 con un buen contingente de hombres de guerra, auxiliares indígenas y no pocos esclavos que sumaban 280 personas. A los que hay que agregar 260 caballos, lo que da un indicio de la inversión, ya que cada uno de los corceles debió costar 500 pesos de oro o más, dada la escasez de esos animales

en los primeros años de la conquista. Vituallas y armas eran también numerosas, por el miedo que inspiraban a los indígenas amazónicos sobre todo arcabuces y ballestas. Todo este despliegue se estrelló frente a las dificultades del viaje, especialmente al apuro para conseguir alimentos, lo que finalmente determinó que de acuerdo con Gonzalo Pizarro, el capitán Francisco de Orellana se adelantase ante la noticia de que cuatro jornadas más adelante había poblaciones con mejores recursos a las que se podía saquear si no entregaban los productos, temerosas de la represalia, lo que fue una actitud constante a lo largo del viaje (Ortiguera, 1968, pp. 244-245). Dado que ya habían caminado dos meses y había gente enferma y agotada, y el peso de la carga retrasaba el avance, se tomó la mejor solución posible: vituallas y adoloridos, más armas y todo el fardaje se embarcó en el bergantín que era la única nave disponible. Una vez llegados los navegantes a la zona donde la población indígena podía proveerlos de bastimentos, Orellana debió aguardar a Pizarro con el grueso de los expedicionarios, solo cincuenta hombres navegarían con el capitán. No fue así, Orellana siguió adelante y cuando Gonzalo Pizarro llegó al punto acordado no le quedó otro remedio que volver a Quito desandando todo lo avanzado en un retorno lleno de penurias (Garcilaso, 1962, pp. 380-381).

El R. P. Carvajal, quien acompañó a Orellana, esboza una débil excusa, al recordarnos que el capitán había gastado “cuarenta mil pesos de oro de su bolsillo”, pero ya sabemos que audacias y traiciones fueron moneda corriente en el Perú del siglo XVI. Carvajal también menciona un nuevo encuentro entre Orellana y Pizarro para llegar a un acuerdo, que no aparece en el relato de Garcilaso.

Sea como fuese, al llegar al territorio del jefe indígena Aparia, que sirve a los españoles para designar el territorio bajo su jurisdicción, recibieron las primeras noticias acerca del terreno de las amazonas. El propio Aparia dijo haber visitado el lugar y mencionó a otro jefe tribal llamado Ica que compartía esa experiencia “el cual decía poseer muy gran riqueza de oro”.

Como es fácil de entender, la comunicación entre los expedicionarios y los pueblos visitados a lo largo del río llamado en primera instancia Orellana, y luego consagrado como río Amazonas, era imposible. Y aunque Carvajal llega a afirmar que el capitán logró aprender la lengua (o las lenguas), es otro de los deseos que no se cumplieron. En todo caso el lenguaje gestual, el apoyo de algún indígena que pudiera conocer palabras del paraje visitado y sobre todo la ansiedad por llegar al destino soñado, reemplazaron el conocimiento de los idiomas. Aun así, quisieron entender ciertas prevenciones sugeridas por “los amurianos”, “que en su lengua las llaman coniupura [a las amazonas], que mirásemos lo que hacíamos, que éramos pocos y ellas muchas, que nos matarían; que no estu-

viésemos en tierra, que ellos [los amurianos] nos darían todo lo que hubiésemos de menester”.

Es fácil concluir que en realidad los indígenas no quisieron que las huestes desembarcasen, porque saquearían al pueblo y abusarían de sus mujeres, era mucho mejor sugerirles que sigan adelante y que se les entregue lo que necesitaban. El viaje se hizo más fácil cuando se logró construir un segundo bergantín, abandonando los dominios del cacique Aparia con dos naves. Alrededor de la segunda semana de mayo llegaron a “las provincias de Machiparo” (en la confluencia del Amazonas con el río Yapurá, ya en territorio de Brasil). La frontera con el Perú contemporáneo había sido cruzada al atravesar el río Yavarí o Javari, que sirve hoy día como límite internacional. La expedición ingresó a los dominios de otro jefe tribal llamado Omega u Omagua, que se hizo notorio en las aventuras de los “marañones” de Lope de Aguirre, tanto es así que figura como parte del título de la *Relación...* preparada por Pedrarias de Alместo. El recorrido de los dos bergantines se hizo tan peligroso que decidieron navegar juntos rechazando con ballestas o arcabuces, cuando la pólvora se conservaba seca, y fue la única manera de impedir el abordaje de las naves. Cuando al fin llegaron a lo que les pareció el centro del territorio de Omega, la tierra avistada les ofreció espacios cultivados, y como habían amainado los ataques decidieron “tomar puerto” y reabastecerse, encontrando muestras de un desarrollo cultural más refinado: piezas de loza, tinajas, cántaros, platos, escudillas, candelabros y lo que llamaron “dos ídolos” tejidos de pluma. La calidad de los objetos, hizo escribir a Carvajal, que “la de Málaga no se iguala con ella” y que los nativos “labran y dibujan todo como lo romano”. Recogieron allí también el repetido informe que “tierra adentro” vivían los señores que tenían oro y plata y que los llevarían allí, aunque, por las experiencias anteriores, los españoles no se atrevieron a aceptar el ofrecimiento por no abandonar los bergantines o dividir la expedición.

El próximo “señorío” lo llamaron Paguana, donde los viajeros recibieron el apoyo necesitado y pudieron observar que el cacique contaba con

muchas ovejas de las del Perú [camélidos, probablemente llamas, si es que la información es cierta] y es muy rico de plata (...) y la tierra es muy alegre y vistosa y muy abundosa de todas comidas y frutas, como son piñas y peras, que en lengua de la Nueva España se llaman aguacates, y ciruelas y guananas y oras muchas y muy buenas frutas (Carvajal, 2010, p. 17).

Los pueblos que siguieron a Paguana fueron pequeños hasta llegar a

una plaza muy grande, y en medio de la plaza estaba un tablón grande de diez pies en cuadro, figurada y labrada de relieve una ciudad murada con cerca y puerta. En esta puerta estaban dos torres muy altas de cabo (sic) con sus ventanas, y cada torre tenía una puerta frontera la una de la otra, y en cada puerta estaban dos columnas, y toda esta obra ya dicha estaba cargada por dos leones muy feroces que miraban hacia atrás, como recatados el uno de el otro (sic)... (Carvajal, 2010, p. 18).

Los indígenas lugareños ante la eterna y esperanzada pregunta de los visitantes respondieron sin dudas que conocían a las Amazonas, porque ellos eran tributarios de ellas, y que para sorpresa de los españoles les explicaron que en lugar de adorar a Marte (o Ares) o cualquier dios de la guerra, las señoras eran creyentes y servidoras del Sol, su divinidad mayor. En consecuencia las naves habían ingresado al territorio de las Amazonas, gobernado por “su señora, que es la que manda toda la tierra de las dichas mujeres”.

Las páginas que siguen y que Carvajal las sitúa a partir del 7 de junio de 1541, continúan la mecánica de saqueos o bien de la entrega de bienes de parte de los indígenas, para evitar una confrontación mayor. Además de señalar la siempre próxima presencia del oro del Amazonas.

Finalmente la semana que empezaba el 21 de junio tuvieron un enfrentamiento mayor en el que nuestro cronista Fray Gaspar de Carvajal perdió un ojo al ser impactado por una flecha. En medio del dolor y la semiceguera, el sacerdote da cuenta de que los indígenas estaban comandados por diez o doce Amazonas que obligan a combatir a su gente, castigando a los que quieren huir del combate. Carvajal las describe como “mujeres muy blancas y altas y tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto a la cabeza, y son muy membrudas y andan desnudas en cueros tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo [cada una] tanta guerra como diez indios, y en verdad hubo mujer de éstas que metió un palmo de flecha por uno de los bergantines, y otras que menos, que parecían nuestros bergantines puercoespín”.

Fray Gaspar atribuye a “Nuestro Señor” la fortaleza de sus guerreros que lograron matar a “siete u ocho” de las Amazonas, con lo que cundió el desánimo en sus tropas y huyeron desbaratados. En adelante después de la región que bautizaron como San Juan, el viaje se hizo por el medio del río, con todos los viajeros embarcados, evitando los poblados numerosos para reducir los enfrentamientos que habían mermado el número de españoles y casi todos los restantes tenían heridas, que podían agravarse en cualquier momento. Especialmente desde que el uso de veneno en las flechas se había generalizado, en vista del daño que



causaba a los viajeros. En las tierras que encontraron a continuación les informaron que pertenecían al señorío de Couynco, también tributario de las amazonas quienes se habían establecido tierra adentro, a siete jornadas de las riberas del río y que los caciques que las servían habían sido ordenados de cuidar las zonas cercanas a sus orillas.

La entrevista llevada a cabo por Orellana se convierte en un largo cuestionario que a decir de Fray Gaspar completa toda la información requerida. Las amazonas son mujeres libres “no son casadas”, gobiernan no menos de setenta pueblos, los pueblos eran de piedra, con puertos y estaban unidos por caminos cercados y con puestos resguardados cada cierto trecho que cobraban ingreso a cada uno de ellos. El Capitán Orellana, ante tales revelaciones no tardó en preguntar si “las mujeres parían, y le respondieron lo que esperaba: cada cierto tiempo las amazonas hacían la guerra a un señorío vecino y tomaban prisioneros a los varones” y después que se hallan preñadas los tornan a enviar a su tierra sin les hacer otro mal; y después cuando viene el tiempo en que han de parir, si paren un hijo le matan y si es hija, la crían con muy gran solemnidad y la imponen en cosas de la guerra”. Los españoles encontraron palabra por palabra la repetición del mito que los había arrastrado a tan penosa aventura. Más aún, el informante, entusiasmado por la recepción de su relato, añadió que la señora que gobernaba a los demás se llamaba Coñori y que en la “cabecera y principal ciudad había cinco casas muy grandes como adoratorios”. Estos templos se llamaban Caranain y estaba cubierto de oro que además era el único metal que usaban las señoras, junto con la plata, para su vajilla y adornos. Sus vestidos eran de lana fina porque tenían “ovejas del Perú” en gran cantidad, además de “camellos” y animales de la talla de caballos, aunque son pocos.

La aventura culmina en el golfo de Paria luego de haber salido al Atlántico el 26 de agosto de 1541. Recién en los primeros días de septiembre llegan a Nueva Cádiz en la isla de Cubagua (hoy al noroeste de la República de Venezuela).

### **3. Conclusión**

Hemos sintetizado el relato de Fray Gaspar concentrándonos en sus “contactos” con las amazonas. Para terminar con el sueño de Orellana y sus esforzados seguidores cabe decir que los trabajos sufridos fueron borrados por la perspectiva de llegar al territorio de las amazonas, por cuyos bordes fluviales habían recorrido. El capitán compró un navío y no vaciló en pedir a Carlos V la autorización para una nueva aventura.

Su Majestad le hizo merced de la conquista y de la gobernación de los [pueblos] que ganase. Orellana hizo más de quinientos soldados de gente muy lucida y caballeros muy principales con los cuales se embarcó den San Lúcar de Barrameda para la jornada, y murió en la mar (noviembre 1546), y los suyos se desperdigaron por diversas partes. Este fin tuvo aquella jornada, conforme a sus malos principios (Garcilaso, 1962, pp. 383-384).

La esperanza del botín de guerra es el premio necesario en una sociedad militar en que el saqueo y los abusos de los vencidos son vistos como una justa compensación a las marchas forzadas, al sobre esfuerzo de cargar armas y bastimentos por terrenos hostiles, y a las promesas casi siempre incumplidas de pago regular.

América revivió el camino de ese falso heroísmo. Con el premio adicional de restablecer la normalidad en un remoto lugar, donde las mujeres habían subvertido el orden, erigiéndose como reinas en un mundo donde los hombres eran usado y desechados como objetos sexuales.

El Dorado y las amazonas no solo alentaron las ambiciones y deseos de la segunda oleada de conquistadores. Por razones prácticas, las autoridades coloniales descubrieron muy pronto que estas afiebradas expediciones eran útiles instrumentos para librarse de una población sin trabajo, y peticionaria insistente de favores imposibles.

El viaje de Orellana es uno de los varios ejemplos sobre los que tenemos información completa y revela, otra vez, que la fuerza del deseo va más allá de las evidencias visibles y superpone a la realidad el peso de una tradición que en el mejor de los casos estaba confinada al pasado. Así nos lo dice el Quijote: “Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quienes los antiguos pusieron nombre de dorados y no porque en ellos el oro que en nuestra edad de hierro tanto se estima se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío” (Cervantes, 1950, p. 1066). Pedro de Ursúa, Jerónimo Luis de Cabrera, Orellana y otros fueron demolidos por las aspas de sus molinos de viento, con mucha menos suerte que el caballero manchego. Pero el sueño o pesadilla está lejos de haberse desvanecido. Serán otras razones las que empujen a buscar en esta tierra, o en el espacio, la ciudad misteriosa que cubra de gloria al explorador.

## Referencias

- Almesto, P. de (2012). *Relación de la jornada de Omagua y El Dorado*. Estudio, ediciones y notas de Álvaro de Baraibar. New York: IDEA/IGAS.
- Anglería, P. M. de (2012). *Décadas del Nuevo Mundo*. Buenos Aires: Editorial Bajel.
- Betteridge, Th. (2013). *Writing faith and telling tales*. Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press.
- Blockmans, W. (2015). *Carlos V. La utopía del imperio*. Madrid: Alianza Editorial.
- Campanella, T. (1959). *La Ciudad del Sol*. Traducción, prólogo y notas de Agustín Caballero Robredo. Buenos Aires: M. Aguilar, Editor.
- Campanella, T. (2007). *La Ciudad del Sol*. Prólogo, traducción y notas de Miguel A. Granada. Madrid: Tecnos.
- Carvajal, G. de (2010). *Descubrimiento del río Amazonas*. Biblioteca Virtual Universal. Buenos Aires: Editorial del Cardo. Recuperado de <http://www.biblioteca.org.ar/libros/153797.pdf>
- Cervantes, M. de (1960). *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- Cohn, N. (1970). *The Pursuit of the Millennium*. New York: Oxford University Press.
- Colón, C. (1975a). Carta del Almirante D. Cristóbal Colón al Ama que había sido del Príncipe D. Juan. En: *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón*. Madrid: Librería de la viuda de Hernando y Ca.
- Colón, C. (1975b). Tercer viaje del Almirante D. Cristóbal Colón. En: *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón*. Madrid: Librería de la vida de Hernando y Ca.
- García, C. (2004). *Diccionario de mitos*. Madrid. Siglo Veintiuno.
- Garcilaso de la Vega, I. (1962). *Historia del Perú. Segunda parte de los Comentarios Reales*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Gil, J. (2013). Las señales del paraíso. En: *Cuadernos del CEM y R*, 21 [San Cristóbal de la Laguna, España].
- Homero (1986). *La Ilíada*. Bogotá: Editorial Montaña Mágica.
- Isidoro de Sevilla, San (1994). *Etimologías*, Tomo II, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Lastres, J. B. y Seguí, C. A. (1993). *Lope de Aguirre, el rebelde*. Lima: Universidad de Lima.
- Leonard, I. A. (1992). *Books of the Brave*. California: University of California Press.
- Mc Dannell, C. y Lang, B. (2001). *Historia del Cielo*. Madrid: Grupo Santillana de Editores.

- Montalvo, G. R. de (2012). *Sergas de Esplandián*. Edición de Juan Manuel Cacho Blecua. Alicante: Antología de libros de caballería castellanos. Recuperado de [www.cervantesvirtual.com/nd/ark: 59851/bmcgm8t6](http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcgm8t6).
- Moro, T. (1990). *Utopía*. Introducción y notas de Pedro Rodríguez Santidrián. Madrid: Alianza Editorial.
- Moro, T. (2008). *Utopía*. Estudio preliminar de Antonio Poch. Madrid: Tecnos.
- Ortiguera, T. de (1968). Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile. En: *Biblioteca de Autores Españoles*. Tomo CCXVI. Madrid: Ediciones Atlas.
- Ovalle, A. de (1969). *Histórica Relación del Reyno de Chile*. Santiago de Chile: Instituto de Literatura Chilena.
- Reding, S. (1992). *El buen salvaje y el caníbal*. México: Universidad Nacional Autónoma.
- Rodas, A. de (1991). *Las argonáuticas*. Madrid: Ediciones Akal.
- Virgilio (1995). *La Eneida*. Barcelona: Iberia.